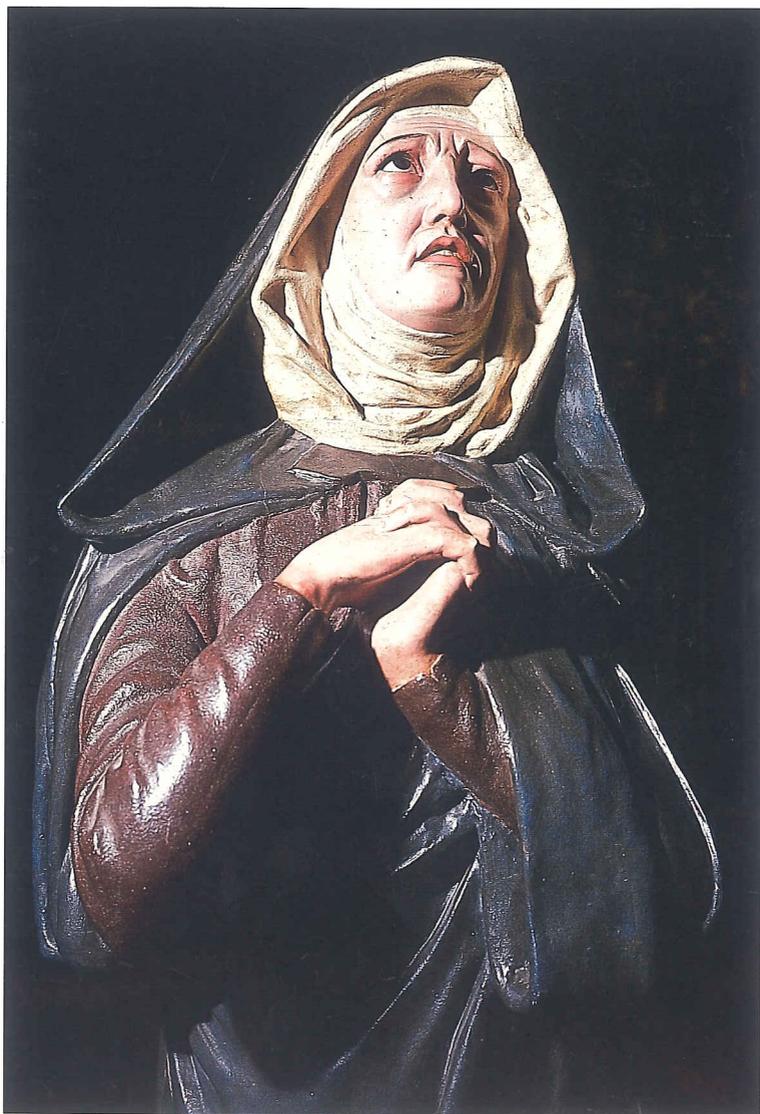


PREGON

SEMANA SANTA

MEDINA DE RIOSECO

1989



**PREGON DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
1989**

PROCLAMA

Por la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo

Hago saber:

Que a las ocho y media de la tarde de hoy, diez y ocho de marzo, día de los serenísimos santos, Salvador y Cirilo, obispo de Jerusalén, del año de gracia de mil novecientos ochenta y nueve, ante la excelsa imagen de nuestra Virgen de la Soledad, por orden de esta VARA MAYOR, en presencia de autoridades, mayordomos, hermandades, cofradías penitenciales y pueblo fiel congregado en la iglesia de Santo Domingo, pronunciará el Pregón de nuestra Semana Mayor, el muy esclarecido hijo de esta Ciudad, Doctor en Reumatología y Medicina Interna, poeta y ensayista literario, Ilustrísimo señor don José Antonio Pizarro de Hoyos.

Que la voz pública, en lengua cervantina lo airee y pregone por rúas, solanas y corrillos a toque de pardal y redoble de tapetanes.

Así lo mando y que así se cumpla.

El Presidente de la Junta de Semana Santa,

FERNANDO DEL OLMO GONZALEZ

PRESENTACION

**Con licencia del reverendo señor Párroco de Santa María y Santiago,
don Gabriel Pellitero Fernández**

Muy ilustre señor Alcalde de la Ciudad de los Almirantes, Consejeros del común, Excmas. e Ilmas. autoridades, hembras y varones de justicia, venerables Cofradías, Gremios y Hermandades de penitencia y pasión, carísimos mayordomos, hombres y mujeres aquí presentes.

Hemos escuchado las notas sentimentales de la «Lágrima» y también las quejumbrosas cadencias de «El Pardal» acompañándole el lúgubre lamento de los tapetanes, conmemoración anual de la pasión, muerte y resurrección del Señor.

A todos nosotros se nos inunda el corazón de esa emoción peculiar y al propio tiempo las lágrimas quieren irrumpir presurosas sobre nuestras mejillas.

Con este acto, en cautelosa porfía, abrimos el pórtico dorado de nuestra Semana Mayor, interpretando la religiosidad, la sobriedad y el recogimiento de Medina de Rioseco.

Es la vivencia de respeto y amor, es la luz que inunda todo nuestro ser y que eleva a nuestro espíritu, pensando, meditando, para alcanzar nuestra meta final: La Resurrección.

Y aquí en este solar, al elevar nuestras miras, fluyen a nuestro pensamiento, esa fe que hemos heredado, ese costumbrismo, columna vertebral de las cofradías y asociado a estas actitudes, el exponente de la herencia religiosa cultural inmersa en el interior de esas nobles moles pétreas, cuyos lienzos difuminan los «pasos» en su tarea itinerante.

La Ciudad de las Iglesias, a través de la historia llega a formar un núcleo importante en el contexto nacional de artistas, y así investigadores lo concretan como Escuela Artística de Medina de Rioseco en el siglo XVII. En este rescoldo, aparecen tallistas, escultores, policromadores, rejeros, ensambladores y plateros que brillan estelarmente en la ancha Castilla.

En los tiempos modernos Medina de Rioseco, lleva su idiosincrasia, esta constante, pues ha dado al país, preclaros varones que han destacado en variadas actividades humanas; Ventura García Escobar, Galo Sánchez, García Chico, Benito Valencia, Justo González Garrido, etc.

Y siempre lleva esa huella profunda en las artes y en el ambiente intelectual. En esta generación presente, vemos cómo destacan en el concierto nacional, eminentes personalidades que no es necesario concretar; en la iglesia, en la milicia, en la política, en la técnica, en concreto en todo pensamiento humano.

A este núcleo actual, pertenece el Ilustrísimo Doctor don José Antonio Pizarro de Hoyos. La Comisión Superior de la Junta se pronunció para que fuera su pregonero en estas calendas, ya que deseaba que ocupara esta cátedra un hijo de Rioseco.

A las cualidades específicas del conferenciante, en el campo de la medicina y según su expresión, la afición más destacada, es la literatura, habiendo escrito, novelas, cuentos, poemas, pensamientos. En esta actividad creacional, destaca su análisis publicado, sobre el cuadro de un discípulo de Morales, que se halla en la iglesia de Santa María. Demuestra el Doctor Pizarro que la artritis reumatoide, era conocida dos siglos antes de lo que dicen los textos especializados.

Pero aparte de sus dotes intelectuales, en sus emotivas comunicaciones a nuestro Secretariado, hace hincapié el que su mayor orgullo, es la de ser riosecano, que todo lo que se publica o cae en sus manos

sobre su ciudad natal, lo conserva celosamente y como tributo a la Torre de Santa María y también exponente al profundo cariño hacia su añorada y querida familia.

Y ahora que su verbo en lírica gozosa, nos describa en pinceladas cofraidescas, en un retablo plateresco, lleno de anecdótico populista, pero intrínsecamente religioso h́blanos de nuestra Ciudad, desgrana tú cálido cántico, con las bellas connotaciones del pasado, de sus «pasos» de tantos afanes, que tu parlamento sea la cimera excelsa de esta Semana Santa y que unos hombres rudos o pulidos, bajo el denominador común por la misericordia del Crucificado, al hincar sus rodillas, rezando, pidiendo a Dios por los que se fueron, también recuerden tu bello parlamento.

Y ya, querido hermano en el Señor, démonos un fuerte abrazo que simbolice el mutuo cariño que profesan a la Ciudad, dos hombres, uno nativo, otro no nacido en ella, pero que sin embargo viven y se afanan por su buena imagen.

En último término, ocupa tu puesto, enseñorea tu palabra con esas cosas profundas y hermosas de la incomparable y sin par Semana Santa de Medina de Rioseco.

FERNANDO DEL OLMO GONZALEZ
Presidente de la Junta de Semana Santa

VIRGEN DE LA SOLEDAD

(Pregón de la Semana Santa de Medina de Rioseco de 1989)

He venido a Rioseco, en esta única e irreplicable ocasión, como Pregonero de la Semana Santa. A Tí te hablo, no en el silencio íntimo de tantas veces, sino con la voz grave que la inmensa emoción de estos instantes ha prestado a mi alma.

Virgen de mi soledad, Señora de mi retiro. ¡Yo, Pregonero de la Semana Santa riosecana! Yo. ¡Qué contrasentido, un hombre que se aviene con las manos vacías! Tú lo sabes mejor que nadie: ¿cuáles son mis merecimientos para ostentar tan alto honor?

Porque, ¿qué honor más grande que éste, Virgen de mi soledad, cabe para un riosecano? Más que honor, tan alta y extraordinaria es la distinción, que debo considerarla milagro, o prodigio cuando menos.

¡Yo, Pregonero de la Semana Santa en Rioseco! ¡Qué travesura loca del destino, qué omisión de mi larga lista de imperfecciones! Y al tiempo, Virgen de mi soledad, ¡qué maravilla!

Fui elegido. ¿Y quién se niega a protagonizar un acontecimiento, por un lado trabajoso y lleno de responsabilidad, si, por otra parte, se desea con toda el alma?

Ayúdame, Virgen de mi soledad, María de mi clausura y de mi abandono, con otro milagro, y dame luces y voz para que este Pregón sea, no un ejemplo de oratoria puesto que mi dicción es ínfima si se compara con la elocuencia de las personalidades que me precedieron, pero sí paradigma de riosecanismo, efusión infinita de amor hacia esta ciudad y sus gentes, a los que llevo en mi pensamiento minuto a minuto, latido a latido de mi corazón de hombre.

Permite, Virgen de mi soledad, que vuelva y vuelque, también ahora, todo el agradecimiento a esta Junta de Semana Santa que me eligió con la mejor intención pero sin sopesar con la justa ecuanimidad mi valía para tan importante acontecimiento. Mas hubo virtud en ellos, más exactamente benignidad y algo tan edificante que los honra y los define: su sentido de amistad. Por eso, y perdonad mi presunción y egolatría, hoy me considero grande, muy grande, precisa y llanamente porque tengo amigos. Que nadie hay más rico en este mundo, ni nadie puede aparentar y sentirse más dichoso, que aquel que consiguió reunir y atesorar en su entorno a tantas personas entrañables.

Virgen de mi soledad, Campana de mi monólogo y Oidora de mi soliloquio, dame el soplo de Tu Aliento.

LUZ DE SANGRE

Vara Mayor, Autoridades, Cofradías, Riosecanos queridísimos, amigos:

Hay una Ciudad en el centro de Tierra de Campos que se llama Medina de Rioseco. El visitante que viene de lejos apenas la columbra, la adivina. Rioseco es inconfundible. Las imponentes moles de sus Iglesias Catedralicias no encuentran parangón en parte alguna.

¡Rioseco!

¡Vedle allá, a lo lejos, como un barco de piedra ostentando orgulloso sus mástiles gigantescos!

¡El gran velero varado en el mar pardo de la paramera...!

¡Mástiles de roca viva, oteadores de auroras y de ocasos, inmersos en el sendero impalpable del sol y de la luna...!

¡Santa Cruz! ¡Santa Cruz la de los muros ciclópeos, la majestad herreriana, la seriedad de la forma y la grandeza hecha arte! ¡Ahí está coronada por su corpulenta torre...!

¡San Francisco! ¡San Francisco la casa de Juni, donde las palomas buscan un sueño dormido en el arpegio triste de una noche sin alba...!

¡Santiago! ¡Santiago el vuelo de la luz hecha verso que cada tarde, se convierte en sinfonía centuplicando los oros de su barroco retablo...!

Y Santa María. ¡Ah, Santa María, jardín oscuro y silencioso en el que la Muerte se pasea rasgando los bordones de su guitarra vieja en un alarde de poderío sarcástico dentro del iris incomparable de la Capilla de los Benavente...!

Y por fin, el entorno, el páramo, ese lienzo, esa estameña, ese hábito franciscano testigo de tantas hazañas, el que vivió desde la balconada de sus cárcavas y desde el tapiz de su llanura los aconteceres de nuestra ciudad...!

¡Rioseco!

Este es Rioseco, un pueblo viejo recostado en el declive de la meseta, que ha visto el desfile azaroso de los tiempos, buscando siempre la codiciada paz de la llanura y la bendición de un cielo esplendente, aún a costa de sangre.

Medina de Rioseco,
palo mayor y vigía
de un océano redondo;
el vértice de Castilla
*coronado en un celaje
luz de sangre*

En tierras de pan llevar
guardas cielo, sol y aire
con un suspiro de estrellas
en tu corazón gigante
*y en el latido más grave
luz de sangre*

Rojo cierzo del otero,
llama viva de almenara,
rojo estridor en el bronce
de las cónicas campanas
*que apesadumbradas tañen
luz de sangre.*

De tus campos, amapolas,
cisnes de un lago dormido,
bailan la zambra del tiempo
y encienden rojos suspiros.
*Son, cuando muere la tarde,
luz de sangre.*

La luna entre las ojivas
mira hacia los soportales
y aferrada a las veletas
busca los besos de un ángel
*y con su farol reparte
luz de sangre.*

Los riosecanos somos sangre y luz, viento y tañer de campana, páramo y amapola, luz en el alma de inefables auroras y bellísimos y desconcertantes ocasos, y luz inclemente en las espaldas y en las sienes de ese sol vertical del mediodía. Nuestro aire está cargado de tomillo y pinar, del aroma de la alfalfa y los trigales; nuestro tacto es rudo y sensible al mismo tiempo, tan dado al tallo verde y al agua del remanso, como al pincho de la toba y al áspero chasquido de la gavilla. Sabemos del amargor del vino claro, del regusto insípido en apariencia de ese hilillo de agua que brota en el Cañico, que rebosa en «las arcas» y que lánguidamente se escapa por la piedra horadada de La Samaritana. Nuestros oídos conocen más del canto del cuclillo, del cuchichiar de la lejana perdiz y del arrullo blando de las palomas, que del ruido vertiginoso de las populosas urbes; y sabemos muy

bien de ese toque inconfundible de campanas que se deja caer como un recuerdo desde la Torre de Santa María. Y somos adustos como la tierra y lejanos, a veces, como los alcores. Queramos o no, llevamos el entorno, ese páramo inmenso, incrustado en el mismo sentimiento. Tan es así, que las Imágenes Procesionales llevan impreso ese sentir trágico y al mismo tiempo conformista, de nuestro connatural riosecanismo. Tanto nos pesa la tierra, tan inmerso está el páramo en nosotros que incluso los Cristos, llevan en su ademán lo típicamente autóctono.

Hay un viejo Cristo en Santa María, aupado en el retablo de la izquierda, sobre la puerta que da acceso a la Capilla de los Benavente, chiquito y semiolvidado, con un largo mechón de cabello ocultándole medio rostro, que siempre me impresionó y al que quiero dedicarle un soneto.

El Cristo, piel de páramo desnudo;
muerte viva viviendo de la muerte,
osario del calvero y contrafuerte
del Templo y de su arco puntiagudo.

Un páramo patético y tozudo
relanza sus misterios y revierte
en tétrico ademán su triste suerte
del áspero terrón, terco y ceñudo.

Es muerte desgajada y contrapuesta
abriéndose a la luna en solitario,
es pánico y angustia manifiesta

y es páramo estrambótico y lunario.
Es del páramo el Cristo la respuesta
y del Cristo es el páramo el sudario.

El paisaje riosecano nos envuelve, nos cerca y nos domina; y en esta Semana de Pasión se convierte en algo todavía más nuestro y entrañable. Se pone ahí, más que nunca, para ser mirado con los ojos del alma. Y, de repente, como si de un nuevo prodigio se tratara, se levanta de su sitial de estameña para hacerse vivo escenario de luces y sombras, de árboles y tierra, para adquirir una extraordinaria semejanza con el lugar donde hace dos mil años surgió el auténtico drama.

Venid conmigo riosecanos, dejadme que os lleve de la mano por un sendero que creó mi fantasía; dejaos introducir por trochas y vericuetos que, a fuer de ser soñados, casi parecen reales.

Venid conmigo. Rioseco está ya a muy pocas leguas. Hemos descendido por el camino curvo desde Castromonte y apenas hemos sobrepasado

Valverde cuando, a nuestra derecha, nos sorprende un paraje de ensueño. Se llama Mirabel, un «pago» que precisamente en estos días de Pasión nos sobrecoge.

Seguid conmigo. Figuraos que hay un sol rojo y enorme a punto de perderse en el ocaso, hundiéndose en los arroyos de Valdecuevas y Holleros. Su luz, rojiza toda, luz de sangre, se vuelca como un tul sobre Mirabel. Las cárcavas de un tenue tono bermellón; ocre la tierra; los pinos desperdigados emergen como dardos violetas tratando de hendir a un cielo que, de puro azul, sólo muestra un estremecimiento fugaz que se convierte en brisa descuidada.

Seguid conmigo. Y mirad ahora, precisamente ahora, cuando la tierra comienza a vestirse de malva, como ese trozo de páramo se nos descubre con un parecido prodigioso a Getsemaní. Getsemaní, sí, donde tantos relatos bíblicos nos describen hechos imperecederos.

Y es que, seguid conmigo, nos estamos acercando a Rioseco...

Vayamos delante de la luz que nos alumbra, subamos el Montecillo y, envueltos en los últimos estertores del día, crucemos Valdescopezo, donde sosiego y paz son ancestrales. Nada tiene de extraño que en ese lugar estuviera ubicado un convento; paraje de recogimiento, ámbito para pensar..., tal vez, por semejante rincón sonaron las palabras de Cristo pregonando las Bienaventuranzas.

Seguid conmigo. Venid entre las sombras, caminad despacio, sin hacernos casi notar, y vayamos por caminos idénticos a los que aún conservan la impronta del paso de Jesús. Sigamos, por detrás de la Viña Grande, las piedras que conforman la antigua calzada; y en silencio, entre las sombras de la noche, se nos figurará allá lejos, por Sardonedo o Buenavista, por la Fuente de la Tierra o San Buenaventura, un algo conmovedor: el lejano recuerdo de un perdido Monte de los Olivos...

Pero, seguid; seguid conmigo, que ya hemos bordeado el río y nos encontramos frente a la Puerta de Ajújar, viejo telón que se abre a nuestro paso para que penetremos en la Ciudad.

Es de noche. Las estrellas, como luciérnagas enormes, se bañan silenciosas en el Sequillo y el cielo asombrado parpadea.

Doblan las campanas, cayendo, cayendo, y en su sonar apartan otros sonidos; pretenden que su tañer se convierta en el único y exclusivo son de la noche.

Y siguen cayendo, cayendo, aplomadas y lentas, resbalando por los tejados e introduciéndose en los soportales como salmodia pertinaz y agorera. ¡Campanas de Santa María, émulas del ascentral arpegio huído del

bordón de una guitarra! Graves y solemnes, pausadas y sonoras, las campanadas siguen cayendo desde la Torre de Santa María. Su vibrar ya está poniendo el luto en las esquinas.

¡Semana de Pasión en Rioseco! El Romance secular en conmemoración de la Muerte más grande de la Historia. Una Muerte a la que los agnósticos consideran ya demasiado grande, porque su propia grandeza, de forma contrapuesta, hace tanto daño a los que viven en la Fe, como a los que confiesan ser incrédulos. ¡La Muerte del Hijo del Hombre!

Por eso doblan las campanas. Por eso después, sobrecogidas por su propio son, guardan en el silencioso carillón su oración solemne, su vibrar acongojante y cansino, el que inunda la Ciudad y la contagia con su eterna y al tiempo fugaz melancolía.

JUEVES SANTO .

¿Qué espíritu, repleto de emoción, se ha adueñado del ambiente? ¿Qué ambiguo estremecimiento, mezcla de acíbar y miel, domina corros y rúas? ¿De qué se ha impregnado el aire? ¿De nostalgias, de pesares, o, quizás, quizás, de una agitación solapada, de una fingida alegría que se diluye en un menguado suspiro? ¿De qué se ha impregnado el aire?

De pronto, todo es correr. Prisa se ha hecho la tarde. ¡Deprisa, deprisa! Y todo riosecano percibe en su alma la vaga sensación de llegar tarde, sin conocer a ciencia cierta a qué se debe ese temor culpable de impuntualidad. Somos corazones soñolientos que despiertan con el gusto de acíbar y miel en la boca y con el estremecimiento breve, casi desvanecido, que nos produjo la última campanada de ayer.

Y ahora, el despertar súbito con el estallido estridente del pardal y el retumbo seco y bronco de la tapetanería. Son nuestros sonidos los que llenan el aire. Son sonidos nuevos que nos inundan de ayer...

*«Son los rumores del cierzo...
—leyendas y tradiciones
susurradas—
virando a los otros vientos...»*

La Iglesia de Santiago ya se ha vestido de gris, su piedra limón se ha hecho de luto. Ya se ha esfumado el sol y su retablo mayor torna el brillo de oro viejo por destellos de oropel, al sentir la caricia de la luz de llama viva de los cirios y velones. Se apagan los ruidos del atrio y se enciende un silencio expectante.

LA ORACION DEL HUERTO

Asoma el primer paso en el instante justo en que aparece, en lo alto del Cerro de San Buenaventura, un lucero puntual que no se pierde la salida de tan Riosecano Señor de los Olivos. Tiemblan las ramas, no sé si a causa del viento... no sé si a causa del miedo... Mientras, Cristo, triste y suplicante, mira al Angel y parece que quiere hablarle, parece que le habla... El agudo sonido del pardal, con su estridencia, impide que se oigan las palabras...

LA FLAGELACION

No era suficientemente ancha la espalda. Los sayones, con venablos de ira en la mirada y un escorzo en la misma de ternura, dejan caer una y otra vez sus ramalazos de espinas sobre la espalda llena, ahíta de temblores. Borbotones de sangre medrosos al no encontrar espacio para un nuevo brotar y huidizos al no hallar río ni arroyo acogedor hacia donde fluir... La espalda de un Cristo torturado...; la espalda, no del terror y el espanto, sino de la compasión ilimitada...

JESUS ATADO A LA COLUMNA

El mismo rostro de un ángel si de Dios no se tratara...

Gregorio Fernández fue inspirado en un sueño. El propio Cristo posó para él en la columna. Cuando el artista culminó su obra, Cristo halagado le sonrió...

ECCE HOMO

He ahí al Pescador de hombres. ¡Héle ahí! risible y humillado con su caña, el Jesús de la caña...

Y un prepotente Pilatos dirigiéndose impasible a la plebe, acorde el ademán y la palabra, para decirles: «He ahí al Pescador de hombres...»

JESUS NAZARENO DE SANTIAGO

¡El paso! ¡El paso que pesa! El paso de la sobriedad y el equilibrio. El de un Jesús Nazareno, ¡tan hombre y tan dulce!, que es pura y augusta sinfonía de emoción y belleza.

Los sayones: un «Barrena» en el que mis «ayeres» de niñez intuía a un riosecano prestado para tan innoble oficio; y el otro, el del apodo, en el que creía ver, por eso de la trompeta, a nuestro buen pardal.

¡El paso que pesa! ¡Es tan importante en nuestras Procesiones saber colocar los «tacos» para repartir la carga! Es que cada uno, cada cual, debe llevar su Cruz; que Dios nos manda una Cruz hecha a medida para cada espalda.

JESUS NAZARENO DE SANTA CRUZ

«Un hombre de Cirene que por allí pasaba...», un desconocido, un hombre ajeno al drama que estaba desarrollándose...; ¡ése!, ¡ése fue el elegido!, ése fue el porteador a quien se ordenó que ayudara a llevar la Cruz.

A vosotros, riosecanos, ¡a todos!, os llamo y os proclamo cirineos, porque vosotros sois los que cargáis la Cruz y porque lo hacéis desprendida, noble, ilusionada y agradecidamente. Sois portadores del peso, portadores de la Cruz, sois cirineos. No exactamente gremios, no propiamente nazarenos, no escuetamente cofrades. ¡Cirineos!

Tal vez, ¿quién conoce el gran misterio de la vida y de la muerte?, tal vez..., ¿no lo habéis pensado?, un día llegaremos al Gran Tribunal con las manos casi vacías de buenas obras. Y, tal vez..., una Voz preguntará desde lo alto: «Y tú, ¿qué hiciste por Mí en la vida? Y contritos y trémulos balbucearemos: «Yo, Señor, fui un hombre infeliz y loco que no supo amarte lo bastante, pero te amé Señor, alguna vez te amé, ¿no me recuerdas? Sí, Señor, sí, yo fui tu cirineo».

LA DESNUDEZ

¿A dónde mira Jesús el Nazareno? ¿Qué busca su mirada?

No hay rictus de dolor en su rostro pese a ser ajado, atropellado y vilipendiado. No hay mueca de suplicio aunque le arrancaran la túnica a redopelo. Pero ¿y su mirada?, ¿dónde ha perdido Cristo la mirada?

Pasa el paso de la Desnudez por las calles riosecanas con el orgullo y empaque que lo hiciera ante Roma. La gente mira en silencio, cómo se inicia el expolio, mas la mirada de Cristo, esa vaga mirada, ¿a dónde va cargada de pena tan honda?, ¿a dónde va...?

SANTO CRISTO DE LA PASION

«Padre, Padre... ¿por qué me has abandonado?

¿Pueden pronunciarse palabras más terribles?

¡Dios, Dios!, ¿por qué le has abandonado?

Los hombres le han masacrado y hundido, le han crucificado los hombres. Y ahora Tú, el Padre, le has abandonado... ¿por qué?

«Padre, Padre... ¿por qué me has abandonado?»

Y las palabras suenan en el Gólgota con la potencia del huracán y se hacen tinieblas de repente. Se centuplican los rayos y se prodiga sin pausa el aterrador estallido del trueno. Y el mundo se tambalea.

Pasa el Cristo de la Pasión medio muriendo. El paso se tambalea y en el hondón del Misterio suena bronco el tapetán...

LA DOLOROSA

Los primeros claveles. Claveles a tus pies. Claveles, que no rosas, para que realcen más si cabe tu hermosura. Las rosas tienen espinas, como Tú. Tú llevas ahora clavadas las espinas de todas las rosas. Virgen de la pena honda, de la serenidad suprema, de la amargura infinita y de la belleza inigualable. ¡Silencio, silencio! Pasa la Virgen Dolorosa de Medina de Rioseco.

VIERNES SANTO

Baja la aurora del páramo envuelta en celaje gris. Baja imperceptiblemente, sorteando la neblina como si temor tuviera...

SANTO CRISTO DE LA CLEMENCIA

Un Cristo muerto, pasea por la ciudad en la mañana fría. Sólo se percibe el silencio, un silencio entrecortado por ráfagas de un viento que silba y huye, arremete y se esconde, tras el filo de piedra de los serios campanarios. Muerde el viento, corta el viento, quema el viento... Y un Cristo muerto pasea por la ciudad en la mañana fría...

LA CRUCIFIXION

Suena «La Lágrima». La emoción se hace lágrima. Las palomas de la torre inician un vuelo fugaz y se esconden ocultando la blancura de sus alas. Nada más que el blanco, el alquicel de luto blanco que cubre a los cirineos. Longinos desde su imponente caballo clava su lanza en el costado de Cristo y la Virgen, en sobrecogedor patetismo, mira sin saber que mira, sin mirar lo que está viendo. Dos soldados hacen guardia imperturbables, hieráticos.

Veinte cirineos tiemblan y se aferran al madero suspirando por llegar a «la sangría».

Y San Juan, abatido, sueña en silencio su pena...

SANTO CRISTO DE LOS AFLIGIDOS

¿Y quién no se aflige al verlos?

Parecen estatuas, casi son estatuas, sin embargo sienten... Y Jesús, ¿qué siente? ¿Dónde se mueve su alma?, ¿en qué extraño lugar del infinito? Parecen estatuas, casi son estatuas, sin embargo sienten. Y su sentimiento, como un clavo de la Cruz, va penetrando más y más en quien los mira...

SANTO CRISTO DE LA PAZ

¡Como un héroe!, ¡como un santo!, ¡como un Dios! El mismo Dios hecho hombre cabalgando en la grandeza de su muerte. Fornido, bravo, formidable. ¡Con tal fuerza y poderío, con tanta excelsitud y tanta hombría!, ¿quién puede dudar ante tamaña fortaleza? Sus músculos de acero pueden a la misma muerte. ¿Quién puede dudarle al Cristo? ¿Quién puede dudarle? ¡Resucitará! ¡Tiene que resucitar!

EL DESCENDIMIENTO

Martillo y tenazas, una cruz y una escalera. Una paloma perdida cayó de Santa María y se ha hecho Sábana Santa, la Paloma de la Paz tornada en lino. Todo se ha trastocado. José de Arimatea ya no pisa la tierra, quiere pisar el cielo. Nicodemus, asombrado, desclava en muerte a la vida. San Juan abre los brazos y en un susurro dice: «Cuidado, más cuidado, bajadle con cuidado...».

¡Y los cirineos templan sus músculos de acero!

A Magdalena se le ha escapado un suspiro, brisilla que corre por el corro de Santa María, y la Virgen mira... ¡ah, las miradas!, ¡cuánto amor se escapa por las ventanas de los ojos!

LA PIEDAD

Un envoltorio de sombras, un palpitar de gemidos, una mueca de angustia y un Cristo muerto en los brazos.

¿Qué piensas, Madre? ¿qué piensas? ¿O no piensas?, tal vez porque la angustia larga cubre todo pensamiento. Inmersa como estás en las tinieblas, sólo se columbra en Tí un gesto atroz de pena transparente...

EL SANTO SEPULCRO

Tres días y tres noches de soledad esperan.

Cuando el silencio es roto por el feroz crujir de la madera y por los vagos y terebrantes sonidos de tierra y azadón, cuando la losa chirría estremeciéndole al aire y se amustia de golpe la rosa, a todos nos penetra un punzante escalofrío. Pasa el Señor en el Sepulcro y a todos nos penetra un punzante escalofrío.

LA SOLEDAD

Comencé contigo, Virgen de mi soledad. La inmensa soledad que Tú llevas es más feroz que el miedo y que la angustia. No quiero dejarte sola con tu soledad; por eso, cada Viernes Santo, recojo un pétalo de tu clavel y lo guardo en mi corazón como un suspiro.

Los días de Pasión no sólo son los pasos. Hay un misterio también, un halo indescriptible que envuelve a Rioseco.

La media tarde riosecana, con un sol revirado que pinta las fachadas de un tinte amarillo y hace llamear a los cristales, lleva en el aire rumores. Son sonidos de pardal y tapetán bullendo en las esquinas y notas de orquestinas y bandas, desperdigadas y grandilocuentes, que se dilatan por las rúas.

Pero, ¿estáis ciegos?
¿No les veis caminando
a los cirineos?,
morados y violetas,
blancos y negros.
Tienen anchas espaldas,
brazos de hierro
para llevar a hombros
duros maderos.
¡Cómo suena la horquilla!
¿No oís el eco?
Los cirios encendidos
son los luceros,
titubeantes
luces del cielo.
Morados y violetas,
blancos y negros,
¿no les veis cómo pasan
los cirineos?

Ya se aploma y ya comienzan a tiritar de frío las estrellas.

Desde Santa María, la Muerte plañidera con su guitarra de yeso, mira de soslayo al sol y a la luna y se apresura a esconderse en las tinieblas ¡Calavera inútil!: ¿a dónde diriges tan amplia sonrisa?

Y la muerte de Jesús el Nazareno se va reviviendo paso a paso, poso a poso, por cada rincón de la ciudad.

Las gentes miran asombradas y cuchichean por lo bajo, y gritan por lo alto, y sonríen a veces. Y rezan. Todos rezan desde el fondo de su alma una oración entrañable que se les clava como una espada y que quisieran sacar a la luz con la potencia de una saeta. Pero la voz se ahoga, se va hacia dentro hundiéndose en el corazón para terminar en un suspiro desmayado. Rioseco reza, ¡claro que lo hace!, pero medio disimulando para que solamente su Virgen y su Cristo conozcan las endechas.

Pasan los pasos por las rúas con la cadencia de siempre, con su caminar lento y pausado, como si fueran impelidos no al compás de una melodía sino mecidos al ritmo de un toque de campana. Los cirios y faroles hacen juegos de luces y sombras creando a su paso fantasmagóricas siluetas en las fachadas de adobe. Un frío gélido, acerado cuchillo, se va clavando en cada riosecano como a traición, por la espalda.

La procesión termina. Los cirineos, con las espaldas curvadas de sostener el peso de su Cruz, jadean. El sudor que les cubre, ahora es rocío. Los pasos se horquillan y permanecen quietos, anclados, sin moverse un ápice. La emoción más sincera, la más profunda y, ¡cómo no!, ¡cómo no!, la más riosecana de todas, se adueña del ambiente. En un instante, sólo se palpa emoción y silencio, y el atrio conturbado se estremece, mientras el cielo comienza a llorar en sus estrellas.

La luna blanca en tu cara,
Soledad de luna clara.
Soledad:
dulce lumbre de almenara.
Soledad,
Soledad de luna clara,
la plácida claridad.
¡Oh, Virgen que nos ampara!
Hoy bajo tu dulce lumbre
entona la muchedumbre:
*«Dios te salve Reina y Madre
de misericordia...»*
vientos de la melodía
se esfuman entre las sombras...
*«Vida y Dulzura, Esperanza nuestra.
Dios te salve...»*
...como cirios encendidos
iluminándole al aire...

Sudor y lágrimas: como si fueran lo mismo. Frío de cuchillos y cuchillos de frío: como si fueran lo mismo. Soledad de luz de luna y un solo rayo de luna: como si fueran lo mismo. Entran los pasos con el mismo fervor y vigor con que salieron: como si fuera lo mismo. Para decir en verdad, casi lo mismo...

¡No bajéis más el paso, que me muero!
La carga lancinante me convierte
en un soplo de vida y tanta muerte
que soy de las angustias prisionero.

¡No bajéis más el paso! Su madero
domina colosal mi cuerpo inerte
y este brazo avezado, duro y fuerte,
trocóse en pluma de ave siendo acero.

¡Vientos de los luceros vespertinos:
temblad en el azul de vuestra hoguera
y cededme el vigor de los molinos...!

Soy un hombre de gario y purridera
y estoy viendo con ojos de Longinos
el cielo, Nicodemo, en tu escalera...

¡Apartaos de mí, miedos cansinos...!
¡y abajo!, más abajo..., ¡aunque me muera!

Mas la lágrima también se va, también la lágrima.

Volverán a lucir nuevas auroras.

¡Cristo ha resucitado!

Que toquen a Gloria las campanas que, ¡Cristo ha resucitado!

La Virgen de la alegría, despojada del luto, es un volar de campanas, y cada sonido del carillón de la Torre de Santa María se ha convertido de nuevo en arrullo de paloma.

Medina de Rioseco, bajo un sol luminoso, comienza la andadura llena de esperanza, soñada esperanza, tranquila esperanza, verde esperanza...

Se le ha caído a Dios una mirada
y en el sediento páramo ha llovido.
Al erial inocente le han salido
tallitos, luz de trigo y la cebada.

La tierra cenicienta y desgajada
ha vestido el solar de alondra y nido
y el surco es un vergel reverdecido
que vuelve a renacer sobre la nada.

¡Campos de las afrentas y castigos,
siempre ahítos de penas y pesares,
de los ojos de Dios sois los testigos!

¡La mirada de Dios, verde de mares,
verde de viento y verde de los trigos
y verde de ribazos y alijares...!

Ya se ocultó el Pregón en los ayer...

Ya empieza a caminar hacia el olvido...
desde ahora, las... horas de la tarde, del día 18 de marzo del Año
1989.

JOSE ANTONIO PIZARRO DE HOYOS



**OBRA CULTURAL
CAJA DE AHORROS POPULAR
DE VALLADOLID**